

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

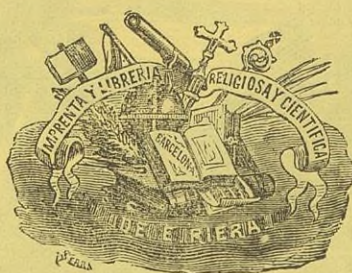
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 60.

ISTORIA

DE LAS PERSERECUCIONES

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

DESCRIPCION DE LAS PERSERECUCIONES DE LOS REYES CATOLICOS EN EL REINO DE ARAGON Y EN EL DE BARCELONA EN EL AÑO DE 1492. EN LA CIBERNA DE BARCELONA EN LA IMPRINTA DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO EN EL AÑO DE 1492.

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO



DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

DE DON JUAN DE TORRES CATOLICO

Que era costumbre de los cristianos venerar los sepulcros de los mártires en las iglesias, y ellos y sus mujeres, como cristianos, no querían faltar á esta práctica. Informado el juez de lo que pasaba, se procedió á la prision, y poco despues á su martirio, que padecieron en compañía de un monje de Belen, llamado Jorge, el cual había venido á España pidiendo limosna para su monasterio de San Sabas, á ocho millas de Jerusalem,



ASESINATO DEL LEGADO PEDRO DE CASTELNAU.

No tardaron á acompañar á éstos en el glorioso patíbulo Cristóbal y Leovigildo, Emilio y otro Jeremías y dos eunucos cristianos que entraron en una mezquita donde predicaron contra la impostura islamita.

Estas fueron las últimas víctimas sacrificadas bajo el reinado de Abderraman II. Su hijo Muhamad prosiguió la sangrienta obra de su padre. Aun estaba en el principio de su reinado cuando ya escribía Eulogio: «Las mazmorras están llenas de clérigos, la Iglesia privada del

sagrado oficio de prelados y sacerdotes. Los tabernáculos del Señor en tétrica soledad, la araña extiende sus telas por el templo, y todo él yace en silencio. Los sacerdotes y los ministros del altar andan confusos porque las piedras del santuario van rodando por las plazas, y al paso que faltan en las iglesias los himnos y cánticos celestes, resuenan los calabozos con el santo murmullo de los salmos (1).»

Pero si había enmudecido en los templos el sacro canto y no perfumaba el bendecido incienso el recogido ámbito, JESUCRISTO era loado con la elocuencia del martirio por los que se subían al cadalso para confesarle á la faz del mundo y sellar con la sangre de sus venas la enérgica confesion de sus doctrinas. Así salieron uno en pos de otro, y casi sin interrupcion, á tenderse en el cruento altar, el monje Fandila, que dejó el tranquilo desierto de *Peñamelearia* para pregonar en Córdoba las excelencias del Evangelio y los absurdos del *Coran*, Anastasio y Félix.

Sorprendió á los mismos musulmanes el teson de algunas mujeres y doncellas que, haciéndose superiores á la debilidad de su sexo, colocáronse en actitud de atraerse los tormentos y la muerte.

Una jóven llamada Digna y una anciana, cuyo nombre era Benilde, fueron decapitadas el día 15 de junio de 853. Tres meses despues empuñaron la palma por éstas conquistada sus compañeras Columba ó Coloma y su hermana Isabel.

En la lista extensa de mártires sacrificados durante aquella cruda persecucion léense los nombres de las vírgenes Pomposa, Aurea y Flora; y de los varones Abundio, Amador, Elías, Pedro, Pablo, Isidoro, Luis, Adolfo, Juan, Theodomiros, Witesindo, Argimiro, Salomon, Rodrigo, Walabonso, Rogel y Serviodeo.

Pero la gran figura católica de aquella persecucion fué Eulogio, lumbrera del clero su contemporáneo y firmísima columna de la cristiandad española. Hijo de una familia distinguida de Córdoba, dotado de extraordinario talento, ya en su juventud reveló las cualidades que debían conquistarle luégo universal fama. Carácter enérgico y piadoso, encontró en el sacerdocio campo adecuado para desplegar la fuerza providencial de su alma. Era el presbiterado en aquellos tiempos un título para emprender incansables combates, como quiera que, no sólo los cristianos necesitaban para su fe la proteccion de grandes inteligencias, sino que á la misma Iglesia convenían adalides sinceros é ilustrados que defendieran con denuedo su ortodoxia, ya que la herejía infiltrada en las huestes del Evangelio multiplicaba con astucia variformes errores. Adopcionistas, casianistas, antropomorfitas, judaizantes trabajaban á porfía para quebrantar la santa unidad católica, debilitando la fuerza interior del cuerpo cristiano de continuo amenazado por los defensores del islam.

Eulogio comprendió las dificultades de aquella situacion penosa para la Iglesia, y consagró á su causa todas sus luces y virtudes. Pronto fué reconocido su valer. Y bien que aconsejó siempre la prudencia y la discrecion á los cristianos, no obstante, cuando algunos celosos cordobeses, inspirados por el Espíritu Santo, determinaron hacer pública ostentacion de su piedad y combatir los absurdos é inmoralidades del *Coran*, Eulogio no vaciló en declararse abogado y defensor de sus hermanos y correligionarios.

Escribió su obra *Memoriale sanctorum*, que es una noticia histórica y una brillante apología de los primeros mártires de aquella persecucion en Córdoba.

Valióle este documento la gloria de la prision. Y ya en ella, esperando la hora de que le pidieran definitivamente la fe ó la vida, escribió un opúsculo que apellidó: *Documento martirial*, que era una instruccion ó exhortacion para sufrir el martirio. Inspiróle aquel apostólico trabajo el espectáculo de piedad que estaban dando á sus mismos ojos dos vírgenes con él encarceladas, Flora y María, que merecieron á no tardar la palma de los invictos.

(1) ...*Deficientibus in conventu hymnis cantionum coelestium, resonant abdita carceris murmure sancto psalmodum. Non promit cantor divinum carmen in publico; non vox psalmistae tinnit in choro: non Lector, concionatur in pulpito: non Levita evangelizat in populo: non sacerdos thus infert altaribus.* (*Martirial*, S. Eulog.).

Escribió despues otro tratado con el título: *Apologeticus*, que es un resumen de las razones que militan en pro del culto de los santos mártires.

Muchas cartas del mismo Santo constituyen una preciosidad literaria y religiosa de aquel tiempo. Baronio valoró á gran precio el mérito de las obras de Eulogio, llegando á decir que le parecía que para escribirlas *había mojado su pluma en el tintero del Espíritu Santo*. «Su estilo, dice un notable crítico, por lo comun es sencillo, se eleva en algunas ocasiones; su lenguaje es mucho más puro y correcto que el de todos sus contemporáneos, y nada tiene que envidiar al de los cortesanos de Carlo Magno, si es que no supera á muchos de ellos. Su continuo estudio y el manejo de los clásicos latinos que trajo de su viaje á Pamplona contribuyeron á que, tanto su estilo como el lenguaje, fueran superiores al de sus contemporáneos.»

Sus obras son tanto más estimables en cuanto escasean sumamente los monumentos literarios cristianos de aquella época. Sin duda la sangrienta persecucion de Córdoba hubiera pasado desapercibida ó confundida con la persecucion general si la observadora y elocuente pluma de Eulogio no la hubiera detalladamente escrito para la posteridad.

El santo escritor observaba una conducta perfectamente ajustada á sus doctrinas; y al paso que apologiaba á los mártires y enaltecía la gloria del martirio, obraba de manera que á todas luces evidenciaba el íntimo deseo de sufrirlo.

Pero un tormento le era amargo y antipático, y es el que á su alma causaba la contradiccion que venía sufriendo de parte de su metropolitano Recofredo, prelado cuya energía evangélica había decaído por el contacto continuo con la corte mahometana. Respirando la atmósfera de los regios alcázares, si no se había inficionado con los miasmas islamitas, á lo ménos habíanle éstos envenenado hasta el punto de mirar con aversion á los santos confesores de la fe, cuyo magisterio el cielo le encomendara. Y como conociera Recofredo que Eulogio alentaba las grandes confesiones, declaróse su adversario, fué causa de su encarcelamiento, y obligóle á emprender largas excursiones por la Península; que nos valieron, en cambio de la molestia que á Eulogio causaron, preciosísimas descripciones del estado y del personal de la Iglesia de España en aquel período. Y así sabemos la existencia de varios prelados que en aquellos días combatian las buenas batallas, y que sin los viajes de Eulogio fueran hoy completamente ignorados.

Eulogio quiso continuar la defensa de los fieles cordobeses y facilitarles el camino de la heroica confesion. Su celo le valió el suplicio. Leocricia, jóven mora, convertida al Cristianismo, era víctima en su casa de continuas vejaciones á causa de su fe. Y no era el fastidio de los desdenes ni el sufrimiento de los daños que le acarreaban los malos tratos de sus padres, los que tenían consternada aquella piadosa doncella, sino la privacion absoluta del ejercicio de su culto y el constante riesgo en que estaba de perder su constancia religiosa. Concedor Eulogio de la situacion violenta de la débil cristiana, facilitóle medio de evasion, y puesta ya en libertad, constituyóse su providencia viva. Encargó su educacion á una hermana propia suya, llamada Aurilo, vírgen consagrada á Dios. Apesadumbrados los padres por la fuga de su hija, emplearon todo género de medios para descubrir su paradero, y sus agentes encontráronla en casa de Eulogio. Éste y aquella fueron conducidos ante el tribunal musulman. Allí Eulogio defendió el derecho que asistía á los sacerdotes católicos de proteger á los fieles y de educarlos; allí explanó quejas amargas contra la conducta de los mahometanos que entrababan el proselitismo cristiano, y parangonando el Evangelio con el *Coran*, dijo cosas que conmovieron é irritaron á los magistrados oyentes. En vano Eulogio fué cariñosamente requerido para que retirara alguno de los conceptos emitidos y que más directamente afectaban á Mahoma y á su ley. Eulogio declaró no retiraría ni una coma ni un acento de cuanto llevaba dicho.

Pocas horas despues fué decapitado por el alfanje sarraceno; y cuatro días más tarde Leocricia, degollada tambien, fué arrojada al río.

Gloriosa es la memoria de Eulogio, pues la naturaleza de los combates que sostuvo reve-

lan en él una fuerza de carácter prodigiosa. Su actitud contribuyó á despertar el celo adormecido de los mozárabes, siendo una especie de Pelayo espiritual en el corazón de Andalucía. No sin perfecta solidez de juicio ha dicho Lafuente: «San Eulogio es, en efecto, para la Iglesia mozárabe lo que san Isidoro para la goda; es aún más relativamente, pues aquella presenta otros nombres que pudieran ponerse al lado de aquél, más la Iglesia mozárabe no tiene ningun otro que le iguale (1).»

Tanta y tan preciosa sangre derramada por la fe no logró apaciguar la sed de los islamitas. Otros confesores sellaron como los anteriores el Evangelio que profesaban con heroica muerte.

No sólo fué Córdoba, sino otras ciudades importantes, que se convirtieron en teatro de sangrientas escenas.

Los mozárabes de Zaragoza sufrieron persecuciones no ménos vivas, aunque no conozcamos sus detalles á causa sin duda de no haber tenido otro Eulogio que los reseñara. Y es natural que arreciara en Zaragoza la tempestad islamita, dado el hecho de que en aquella region de España existía uno de los focos de la resistencia nacional á la causa de los invasores. La cristiandad zaragozana, despues de haber sucumbido á los ataques furiosos de Muza, fué castigada con enormes impuestos que la redujeron á extrema pobreza. Sus templos, convertidos en mezquitas, fueron otros tantos centros de propaganda mahometana; sólo el templo del Pilar y el de Santa Engracia pudieron eludir la profanacion.

Entre los que sucumbieron violentamente en aras del Cristianismo, cuéntanse las invictas Nunilor y Alodia, naturales de Huesca. Hijas de padre musulman y de madre cristiana, fueron educadas en los buenos principios. Ya jóvenes, las denunció un pariente renegado que tenían. Conducidas ante los jueces, desplegaron un teson superior á su corta edad y débil sexo. El tribunal las sentenció á sufrir la decapitacion. Como un sacerdote apóstata les indujera á renegar á lo ménos en apariencia, como él lo había hecho para eludir la muerte, le contestaron: «Si has de morir en breve ¿no te fuera mejor morir ahora con gloria que arriesgar tu alma para vivir poco más?» Las vírgenes marcharon con paso firme al suplicio, no anublándose ni por un momento la serenidad apacible de sus rostros. Al caer Nunilon herida por el alfanje sarraceno, se descubrieron sus piés, lo que observado por su compañera, corrió á cubrirselos, y luégo ató su túnica á los suyos para asegurar su modestia en el último instante de su vida. Aquella calma inmutable, aquella admirable presencia de ánimo en tan pavorosos momentos llenó de entusiasta satisfaccion á los cristianos, y de confusion y respeto á los enemigos. *Fideles gaudebant, infideles vero tabescebant*, dice un código antiguo de Cardena. Alzado estaba el alfanje humedecido con la sangre de Nunilon, cuando el jefe de los verdugos ofreció á Alodia la vida en cambio de una palabra de arrepentimiento; mas al hacer la doncella un signo negativo con la cabeza, rodó ésta por el suelo.

Apénas hubo localidad importante que no contribuyera con el martirio de alguno de sus hijos á la brillante auréola de que se ciñó la santa Iglesia de nuestra patria.

Tuy se gloria del niño Pelayo martirizado por Abderraman; Zamora recuerda como trofeo de su fe tradicional al mártir Domingo Sarracino Yañez, hecho prisionero en la toma de Simancas; Burgos enaltece la memoria de Víctor, y así podríamos apuntar larga *letanía* de héroes invencibles.

¿No tienen suficiente título á ser llamados mártires los cristianos habitantes de Zamora, pasados todos á cuchillo por Almanzor? Leon tiene asimismo derecho á ser llamado un pueblo mártir, pues hubo de llorar sobre sus basílicas derruidas y profanadas, y lo que es más, al ver á sus vírgenes consagradas al Señor conducidas á los harems de Córdoba. Mártires fueron los nueve mil cautivos que, atados en pelotones de cincuenta, precedían á Almanzor en su entrada triunfal en Córdoba. Los compostelanos tuvieron el dolor de ver invadida la basílica de Santiago.

(1) Lafuente, *Hist. ecles. de Esp.*, segundo período.

Y Málaga no puede decir con justicia: «¿Ved si hay dolor comparable á mi dolor?» cuando recuerda que su malvado Hostigensis cometió la vileza de alistar á los más consecuentes y decididos confesores y los delató personalmente á la corte de Córdoba, atrayendo sobre ellos los rigores de la administracion y el peligro de los tormentos.

Estos hechos bastan para caracterizar la penosa situacion de la Iglesia en España durante los siglos IX y X.

XXIX.

Combates doctrinales sostenidos por la Iglesia de España en los siglos IX y X.

La necesidad de sostener armada lucha en la mayor parte del país y la aislada posicion de las regiones extremas donde los fieles podían gozar de tranquilidad respectiva imposibilitaron la cultura intelectual del pueblo é hicieron muy difícil el desarrollo de las ciencias en aquellos días. Por desgracia, con los árabes y africanos vinieron otros extranjeros que, no profesando el *Coran*, enseñaban doctrinas heréticas y perniciosas nacidas de un desnaturalizado Cristianismo, y sus enseñanzas, como siendo de doctrinas más afines á las de los mozárabes, les eran mucho más perjudiciales.

Ademas de los errores de los judaizantes, que se multiplicaron aquí con asombrosa fecundidad, propalábanse sendos absurdos sobre los más sublimes y sacratísimos dogmas de nuestra Religion. Así el presbiterio Migeccio sostenía que la santísima Trinidad la componían tres hombres, como David, JESUCRISTO y san Pablo; que el carácter sacerdotal hacía impecable al que lo poseía; que la Iglesia estaba en Roma, cuyos habitantes todos eran santos; que los cristianos no podían relacionarse con los infieles, ni los justos con los que estuvieran en pecado. ¡Quién dijera que errores tan groseros arrastraran á una multitud de ilusos, y que entre sus secuaces se distinguiera nada ménos que un obispo! Y sin embargo, Egila, obispo consagrado por el arzobispo Walcario, por recomendacion del papa Adriano, á causa de la pureza de sus doctrinas é integridad moral, tuvo la desgracia, y la causó á muchos obcecados, de mancharse con los crasos errores de Migeccio.

Otra herejía causó mayores estragos que ésta á causa de su carácter más doctrinal, aunque no ménos funesto; el adopcionismo, que vino á ser una etapa del arianismo en retirada. Pretendían los adopcianos que JESUCRISTO no era en cuanto hombre más que hijo adoptivo de Dios. Elipando, arzobispo de Toledo, dió origen á aquella escuela dirigiendo á Félix, obispo de Urgel, una carta consultatoria sobre el carácter de la filiacion de JESUCRISTO. Félix contestóle que JESUCRISTO, en cuanto á Dios, es engendrado naturalmente por el Padre, y por lo tanto verdadero y propio Hijo suyo, pero sólo adoptivamente en cuanto hombre ó hijo de María.

Aquella herejía alcanzó cierto eco en la España oriental, aunque combatida inmediatamente, sobre todo por el episcopado, y condenada por Adriano, papa; llamóse tambien el felicianismo á causa del nombre del prelado que le dió forma.

En aquella época que más necesitaba la Iglesia oponer á los enemigos exteriores la compaginidad de principios y unidad de fe, tenían lamentable gravedad las excisiones doctrinales. El clero de Toledo y el de Urgel se manifestaron especialmente celosos contra los errores de sus prelados.

Créese que Félix desaprobó al final de su vida los errores que enseñó, bien que existe sobre su conversion definitiva alguna nebulosidad.

Paulino de Aquilea y Almino refutaron el adopcionismo, que venturosamente no permitió Dios se arraigara en este país santificado por la sangre vertida por tantos confesores de la ortodoxia católica.

Otra secta vino á aumentar la zozobra de los fieles. Los casianistas, que se decían envia-

dos directos de la Iglesia de Roma, pretendían imponer ciertas reglas discordantes con el espíritu de la Iglesia. Prohibían el uso de ciertas comidas licitas, autorizaban el matrimonio entre parientes, rechazaban la santidad de cualquiera que no se comunicara con ellos; negaban la licitud del culto de los Santos; administraban la sagrada Eucaristía, entregando la forma santa en mano de los comulgantes; reprobaban el uso del crisma en el Bautismo, que conferían escupiendo en la boca del bautizado y diciendo *Effeta*; profesaban al mismo tiempo otros principios prácticos perturbadores de la sabia disciplina de la Iglesia. Aquellos agentes del desorden causaron verdadera alarma en la cristiandad española, tan interesada en conservar la uniformidad del culto siempre, pero especialmente en aquellas circunstancias.

Nótanse algunos resabios de maniqueísmo en el conjunto de aquel descabellado sistema que no obedecía á ninguna mira elevada, y que sólo podían encontrar algún eco en un siglo relajado é ignorante. Fué enérgicamente combatido el casianismo por el episcopado español, y pronto no quedó sino la mancha de su recuerdo en los anales eclesiásticos de nuestro país.

Al mismo tiempo obtenía cierto favor en algunas regiones el antropomorfismo, que era la herejía que consideraba en Dios una figura y un cuerpo humanos. Pretendían aquellos secuaces que Dios no era espíritu puro, sino un hombre excelente y superior que desde lo alto de los cielos dirigía con materiales manos la máquina del universo y miraba con corpóreos ojos la marcha de las criaturas. Pretendían apoyarse en algunas frases materiales de la sagrada Escritura, y sobre todo en aquellas del Génesis: *Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra*. No nació por fortuna en España aquella disparatada secta, pues ya san Epifanio se ocupó de ella atribuyendo su origen á un tal *Audius* de la Mesopotamia, contemporáneo de Arius; Epifanio distingue á los que la profesaban con el nombre de *audianos*. San Agustín se ocupó de ellos llamándoles *Vadiani*. En los primeros siglos del Cristianismo era el error *antropomorfitá* asaz generalizado, bien que en las definiciones y explicaciones sobre el *cuerpo de Dios* quitaban algunos de sus secuaces algo de lo grotesco en que se funda aquella teoría.

En el siglo X, no sólo España, sino también Italia, vió reproducidos aquellos absurdos y repugnantes principios.

El materialismo en qué se apoyaban las esperanzas mahometanas favoreció en esta tierra la reaparición de aquellos resabios de paganismo: hecho sorprendente después de haber el criterio cristiano regido por tantos siglos la inteligencia de los pueblos.

Por fortuna Dios suscitó prelados y escritores que supieron sostener la integridad de los principios religiosos y salvó la fe al través de tantos y tan diversos combates.

XXX.

De otros martirios célebres en aquella época.

La sangre de los confesores no era sólo vertida por el alfanje musulmán en los campos del Oriente y del Occidente. En otras regiones, y por causas distintas de las del *Corán*, los adalides del Evangelio se veían precisados á sostener luchas á muerte, ó mejor dicho, á sufrir la muerte sin luchar, sin otro motivo ni pretexto que el confesar y propagar la santa doctrina cristiana. Uno de los mártires que más importantes hechos realizó en su vida de combate fué el intrépido apóstol de Alemania. San Bonifacio es quizá la figura más majestuosa y admirable de su siglo. Reasumió toda la acción religiosa, política y social del Catolicismo en aquella época. Desde su juventud se sintió llamado á irradiar la fe encendida por el Verbo en su privilegiada alma. Escogió la Alemania para teatro de su apostolado, y de acuerdo con el Pontífice romano, con el cual trazó el programa de evangelización, voló á aquellas regiones idólatras para sembrar cristiandades. Winfriedo le llamaba su familia, Bonifacio le llamó la Iglesia.

Originario de Inglaterra pasó á la Turingia, donde empezó á elevar su voz poderosa contra el culto de los ídolos y la desmoralizacion de los idólatras. «Maravillosa es, dice Riancey, la ocupacion de esta pobre y grosera Germania. Los misioneros por ella marchan como un ejército; donde quiera que acampen, agrúpanse los neófitos, y pronto á las tiendas reemplazan los conventos, fortalezas de un nuevo género que dan asilo á los pequeños y débiles y son la guarda de los países conquistados. Cada paso que daban hacia adelante era seguido de la formacion de una nueva sociedad. La mayor parte de las ciudades de Alemania no reconocen otro origen que una de aquellas misiones. San Winfrido, «el gran benefactor *Bonifacius*,» se veía por todas partes dirigiendo las fundaciones, excitando el celo, enardeciendo el valor. El papa Gregorio III le envió el sagrado *pallium* y el título de arzobispo, con facultad de establecer donde lo juzgare oportuno, de acuerdo con los cánones y por autoridad de la cátedra apostólica, sillas episcopales.»

Bonifacio tuvo íntimas y personales relaciones con los tres Papas que rigieron la Iglesia durante su ministerio. Gregorio II le dió la órden de partir á evangelizar la más oscura y pertinaz region de su tiempo. Gregorio III le encorazonó para proseguir su obra de cristianizacion, una de las más fecundas, si no la primera en fecundidad, de las obras de su pontificado; á propuesta de Pepino el Breve fué constituido por el Papa arzobispo de Maguncia. Para acelerar la conversion de los germanos, llamó Bonifacio á una pléyade de ingleses compatriotas suyos, entre ellos los varones Wigbert, Burchard, Lulio y Williband; y las mujeres, santas como aquéllos, Lioba, Tecla, Walburga, Bertigita y Contradia. Con este doble apostolado la Iglesia católica en Alemania emprendió extraordinario vuelo. Hombres y mujeres caían religiosamente heridos por el rayo de la palabra y del ejemplo que les alumbraba y enardecía.

Al papa Estéban II le envió legados con una memoria ó exposicion de sus trabajos; en ella manifestaba sus sentimientos de cordial adhesion á la Santa Silla y se excusaba humildemente de no haberlo hecho ántes con estas frases que son toda una apología: «He estado sumamente ocupado en la reparacion de más de treinta iglesias que los paganos nos incendiaron.»

En correspondencia activa con los papas, con los grandes reyes y pequeños príncipes, difundió con sus escritos el celestial perfume de las máximas del Evangelio.

Al llegar á la ancianidad Bonifacio hubo conquistado á JESUCRISTO más de cien mil almas, segun atestigua Gregorio III. Reformó la Iglesia de Baviera, fundó las de Hesse y Sajonia, animó los concilios de Ostrasia, Leptina, que presidió, y Soissons. Reclamó á los poderes de Francia, Inglaterra y Alemania el respeto á los monasterios, y habló con soberanía apostólica á los reyes y á los grandes de su siglo contra la corrupcion de costumbres.

Los bárbaros idólatras concluyeron aquella brillante vida dando al apóstol atroz y violenta muerte. Con él fueron martirizados en Frissia cincuenta compañeros suyos. Podían defenderse, pero el santo caudillo se lo impidió dando admirable ejemplo de mansedumbre.

Con su energía, celo y talento dominó todos los acontecimientos de su época. «Propagacion de la fe, defensa de la verdad, triunfo de la disciplina, supremacia de la Santa Silla, reforma de las iglesias particulares, reconstitucion de los Estados, todo lo consiguió en Inglaterra, Francia y Alemania; estaba sobre todos los asuntos, y ningun negocio grave se resolvía sin él; monje, obispo, doctor, confesor, mártir, ninguna grandeza faltó á su gloria... La reseña de su vida sería la mejor historia de aquellos lejanos tiempos (1).»

Contemporáneos á Bonifacio cuéntanse otros adalides de la causa de la Iglesia. El estado de agitacion, la situacion constituyente de los diversos países presentaba vicisitudes terribles que ponían en difícil posicion á los hombres de fijos é inmutables principios. Las luchas civiles suscitaron rivalidades religiosas que valieron la corona del martirio á Willebrondio, Liovin, Lamberto, Kiliano, Legerio y otros.

(1) Riancey, *Hist. du Monde*.

XXXI.

Persecuciones monotelitas.—Persecucion y martirio del papa Martin I.—
Martirio de san Máximo.

Simultáneamente á los conflictos suscitados en la cristiandad por Mahoma, vino á herir el seno maternal de la Iglesia una de aquellas divisiones con que place á la divina Providencia depurar la fe y probar la constancia de los escogidos. Una nueva herejía, retoño de pasados errores, se levantó altiva, porque entre sus defensores contaba hombres distinguidos en las humanas escuelas. El Oriente, siempre propenso á causa de su dialectismo exagerado á resolver por discursos exclusivos de la razon las cuestiones dogmáticas, quiso racionar una vez más sobre la divina persona de JESUCRISTO, y no faltaron algunos teólogos sútiles que, confundiendo los atributos de las dos naturalezas, sólo concedieron una voluntad en JESUCRISTO. No se trataba de la armonía de ambas voluntades, del perfecto acuerdo que nadie concibe pudiera ser turbado en la perfectísima persona de CRISTO, sino de la existencia misma de ambas facultades. Eliminaban así funciones esenciales de la humanidad y restablecían por un rodeo sofisticado los principios del sepultado eutiquianismo.

Suscitaron aquella espinosa cuestion algunos obispos orientales ganosos de atraer los restos de la antigua secta eutiquiana y monofisita á la profesion de fe católica. Á este fin concedían á los disidentes la eliminacion de la voluntad humana en JESUS á trueque de que los disidentes admitieran la existencia en Él de dos naturalezas. ¡Olvidaron que semejantes transacciones, útiles y eficaces á veces en cuestiones humanas, son ineficaces, absurdas é ilícitas cuando se trata de la fe en las verdades divinas! Aquella combinacion tuvo el fin de todas las combinaciones teológicas, partos del soberbio cálculo racionalista. No logró atraer á los sectarios en cuyo favor se hacía, y consiguió dividir á muchos que en el seno de la unidad católica permanecían.

Atanasio, un obispo ilustrado de la Armenia; Pablo, uno de los doctores monofisitas, y Sergius ó Sergio, patriarca de Constantinopla, fueron los tres conceptores y colaboradores de la fusion teológica que había de causar hondas amarguras al Catolicismo, y que hasta había de conducir al martirio á celosos hijos de la Iglesia y á uno de sus más edificantes papas.

Por desgracia, el emperador Heraclio, cuya conducta piadosa era objeto del reconocimiento de la cristiandad, dejóse seducir por la perspectiva de la paz y concordia que iban á resultar en el imperio de la adopcion monotelita. Ávido de conseguir tan ventajosos resultados, Heraclio expidió un edicto prescribiendo la profesion de las doctrinas de Anastasio y Sergio; y para dar á su imperial orden una sancion canónica, convocó un Concilio, ó sea conciliábulo, que adoptó la fe monotelita como perfectamente ortodoxa.

No faltó un prelado bastante enérgico é independiente que convocara otra asamblea episcopal que, examinando sin pasion las doctrinas de Constantinopla, notó su fundamental discordancia con los inmutables principios de la Iglesia católica. Sofronio ó Sophronius de Jerusalem fué en aquella ocasion el defensor de la ortodoxia.

Desgraciadamente al papa Honorio, que regía entónces la Iglesia, le faltó el valor personal para oponerse con energía á los planes de los orientales; y si bien como á pontífice preservó Dios inmune de la herejía, nadie puede desconocer ni nadie es capaz de negar cuánto sirvieron las ambigüedades de su conducta para alentar los propósitos de los herejes.

Pronto el Oriente entero, que ha sido siempre muy impresionable en lo relativo á las grandes cuestiones religiosas, ardió en disputas vehementes degeneradas á menudo en turbulencias alarmantes. Sergio y Sofronio eran los dos opuestos adalides que luchaban en el campo dogmático, sino con igual entereza, á lo ménos con proporcionado talento. La doctrina de So-

fronio, deducida de sólidos principios, atraía á cuantas inteligencias ilustradas se ocupaban de aquellos debates. Por lo que prohibió Heraclio, por imperial edicto, que nadie osara ya debatir públicamente la cuestion de la *voluntad ó de las voluntades de CRISTO*. Llamósele á este edicto *ecthesis* ó exposicion de la fe.

Pirro, sucesor de Sergio en la sede constantinopolitana, heredó los errores con la silla de éste.

Mas en Roma el papa Juan IV, que había subido á la cátedra de Pedro, sin heredar las vacilaciones de su antecesor, rechazó enérgicamente la *ecthesis* monotelita.

Por aquellos días murió el emperador Heraclio y su hijo Constantino III; éste, despues de cuatro meses de reinado. Constante ó Constancio II fué proclamado heredero del cetro de Oriente, el que, rodeado de una atmósfera ardientemente monotelita, participó de su influencia. Cediendo á los planes de sus pérfidos consejeros, el jóven, ó mejor, el niño monarca, pues á su elevacion sólo contaba doce años, publicó un edicto renovando con severidad la prohibicion de hablar de la cuestion de las voluntades. Este edicto fué llamado el *tipo* ó formulario. No es que los herejes apetecieran para ellos el silencio, sino que querían un arma poderosa para poder conseguir el mutismo de los defensores de la verdad.

Roma condenó la *ecthesis*, el *tipo* y todo resabio de monotelismo.

Al conocerse en Constantinopla la decision de Roma, estalló la más cruda persecucion contra los defensores de la doctrina ortodoxa. Varios fueron los católicos desterrados y no pocos los reducidos á prision.

Muerto el papa Juan IV, tomó las llaves de la Iglesia el pontífice Martin I, que algunos llaman tambien Marin ó Marino. No vaciló en tomar decidida actitud contra los monotelitas, convocando un Concilio al que concurrieron ciento cinco obispos. En la primera sesion el ilustrado Papa trazó la historia de la nueva herejía. «Sabéis, dijo, los errores introducidos por Ciro, obispo de Alejandria, Sergio de Constantinopla y sus sucesores Pirro y Pablo. Diez y ocho años hace que Ciro hizo publicar desde el ambon (púlpito) nueve artículos en los que decidía que en JESUCRISTO no hay más que una operacion de la divinidad y de la humanidad, conforme á la herejía de los acéfalos... Sergio, en una carta dirigida á Ciro, aprobó esta doctrina de la única operacion, y algunos años despues redactó una exposicion herética bajo la firma de Heraclio, entónces reinante, en la cual se sostiene, de acuerdo con el impío Apolinario, que no hay en JESUCRISTO sino una sola voluntad como consecuencia de su sola operacion. Sergio fijó su *ecthesis* en las puertas de sus iglesias y la hizo aprobar por escrito por algunos obispos á quienes sorprendió. Pirro, su sucesor, hizo aprobarla por algunos otros obispos, ya por medio de halagos, ya usando de amenazas. Confundido por su propia conducta se apresuró á venir aquí, presentando á esta Santa Silla un papel firmado de su mano, en el que condenó cuanto él y sus predecesores habían escrito contra la fe. Mas luégo volvió, como el perro á su vómito, recibiendo en castigo la pena de su deposicion canónica.

«Pablo, queriendo sobreponerse á sus predecesores, no se contentó con aprobar la *ecthesis* en una carta escrita á la Santa Silla, sino que pretendió defender con la pluma sus errores, por lo que fué tambien depuesto. Despues, á imitacion de Sergio, sorprendió al príncipe, persuadiéndole á publicar el *tipo*, documento que destruye la fe católica, prohibiendo mentar una ni dos voluntades en CRISTO, como si JESUCRISTO estuviera sin operacion y sin voluntad.»

El Papa recordó al Concilio las vejaciones de que habían sido víctimas sus legados de parte del patriarca Pablo; las persecuciones sufridas por los fieles á la doctrina pura de la Iglesia y la amenaza continua con que se vejaba la fe de los sencillos y de los débiles.

Unánime fué el sentimiento de los padres conciliares; enérgica la actitud de la asamblea. Las doctrinas de los sectarios fueron examinadas con madurez, y despues de meditados análisis, pronuncióse el anatema definitivo sobre aquellas teorías que zapaban por su base toda la teología católica.

Sabedor Constancio de la marcha que seguían los asuntos monotelitas en Roma, envió

allí á Olimpío, nuevo exarca de Rávena, con la mision de recabar con amenazas y con halagos la adhesion á su causa de los obispos. Todo fué vano. Los obispos rechazaron toda sujecion. «No es lícito, dijeron, abjurar por el silencio á la vez el error y la verdad.»

Había dado el Emperador á Olimpío instrucciones de criminal índole. «Si es posible, obtened la aquiescencia del ejército de Italia, y en este caso arrestad al papa Martin, que fué legado en Constantinopla. Si el ejército no se presta á ello, permaneced quieto hasta que hayáis conseguido imponer vuestra influencia sobre las tropas de Roma y de Rávena.» Olimpío no pudo conseguir el dominio de las tropas. Entónces tramó una conjuracion indigna contra la vida del Pontífice. Aprovechándose de la circunstancia de tener que comulgar de manos del Papa en la basilica de Santa María la Mayor, mandó á su escudero que en el acto de recibir la sagrada forma traspasara al Papa. No cumplió el escudero sus órdenes, y reconvenido por su amo, declaró con juramento que en el momento en que iba á cumplir la consigna, quedó ciego de tal manera, que no le fué posible distinguir la persona del Pontífice. Afectado Olimpío ante esta proteccion providencial sobre el Papa, sintióse profundamente arrepentido, y tuvo el valor de confesar sus propósitos y las órdenes que había recibido á su misma víctima elegida. Olimpío se retiró de Roma.

El Emperador envió en su lugar á Teodosio, por otro nombre Caliópas, con orden de prender al Papa, á quien acusaba de hereje por no rendir culto, decía él, á la santísima Madre de Dios, y como á criminal de Estado, por haber ofrecido y proporcionado recursos á los sarracenos. ¡Doble é infernal calumnia que median la extension del odio que el imperio de Constantinopla profesaba contra el pontificado romano!

El Papa, advertido de la tempestad que iba á descargar sobre él, se retiró con su clero á la iglesia de Letran.

No tardó el palacio pontifical á verse invadido por los soldados del enviado del Emperador: La iglesia fué brutalmente profanada, los clérigos insultados, el Pontífice escarnecido. Una orden imperial declaraba á Martin indigno del pontificado, intruso en él, y prescribía que se le condujera preso á Constantinopla, eligiéndose otro para ocupar su silla.

No es fácil describir las escenas ocurridas en aquel día amargo en que el soberano político rompió el freno del pudor gubernamental, usando de la fuerza de que podía disponer para faltar á todas las atenciones y deberes religiosos. Nunca la herejía se ha visto más atentamente servida.

El papa Martin podía ensayar la resistencia á aquel atropello; sin duda hubiera podido sostener resistencia seria, porque era un Pontífice amado de su pueblo. Mas á los que le aconsejaban la defensa material, contestóles: «No, prefiero sufrir diez veces la muerte que el que se derrame por mi causa una sola gota de sangre, no importa de quien.»

Algunos prelados y sacerdotes pidieron permiso para acompañar al Papa en su destierro. El exarca enviado del Emperador manifestó no encontrar dificultad alguna en ello. Los que se ofrecieron para constituir la corte pontificia del Papa perseguido fueron muchos.

Sin embargo, Caliópas el carcelero no tuvo por conveniente cumplir su palabra. El Pontífice fué embarcado en una lancha á la madrugada siguiente, acompañado de seis servidores. Era el 16 de junio del año 653. Dos días despues llegó el ilustre prisionero á Porto. Allí embarcáronle para Misena. La nave que conducía el precioso tesoro de la cristiandad aportó en varias islas de la Calabria, y últimamente en la de Nóxos, en cuyo puerto permaneció un año, sin que se permitiera al sagrado cautivo descender á tierra. El barco era su prision ambulante y su hospital, porque Martin se encontraba gravemente enfermo. Los obispos y fieles de las islas enviaban al Papa perseguido ofrendas preciosas, homenajes cordiales de sincera piedad, mas los guardianes del Pontífice se los apropiaban declarando en alta voz «que quien quiera que fuese amigo de *aquel hombre* era enemigo del Estado.»

El día 17 de setiembre de 654 Martin llegó á Constantinopla. Expuesto á la befa y al escarnio de la marinería que se la había preparado con novelísticas reseñas, se le dejó algu-

nas horas con supremo desprecio de su alta y sacratísima dignidad. La afrenta indigna llegó en él á la máxima altura concebible; pero tambien rayó á la region más sublime la humildad y el sufrimiento en el augusto confesor.

Encerrósele en la cárcel llamada Prandearia, donde se le tuvo incomunicado tres meses, esto es, desde el 15 de setiembre al 15 de diciembre.

Desde ella escribió dos cartas expositivas sobre la situacion doctrinal y sobre su situacion personal. En la primera dejaba perfectamente sentada su doctrina ortodoxa y pura contra las maliciosas afirmaciones de sus adversarios.

La reseña de su situacion personal equivale á la descripcion de un verdadero martirio. «Cuarenta y ocho días hace, decía, que no he podido obtener un poco de agua fresca ni caliente para lavarme; me siento angustioso y resfriado, pues ni por mar ni por tierra me he visto libre de mi enfermedad; decaídas mis fuerzas, aplastado por interior pesadumbre, carezco de alimentos sustanciales, y los que se me sirven son ineficaces é insípidos. Mas espero que Dios, cuando me habrá llamado á sí, buscará á mis perseguidores y les conducirá á la penitencia.»

¡Admirable y santa venganza! ¡Esperar que el Señor convertiría á los autores de sus amarguras y de sus tormentos!

El día 15 de diciembre el augusto prisionero fué conducido ante el Senado presidido por Bucoleon, gran tesorero. Como el decaimiento de sus fuerzas le impedía permanecer en pié, Bucoleon dispuso que dos soldados le sostuvieran.

«Dí, miserable, preguntóle Bucoleon, ¿qué mal te ha hecho el Emperador? ¿Te ha quitado algo? ¿Te ha hecho alguna violencia?»

El Papa nada contestó, y ¿qué habia de contestarse? Contestaban en alta voz el buen sentido, los hechos pasados, aquel mismo hecho que pasaba.

—«¿No respondes? continuó Bucoleon, no importa; contestarán por tí tus acusadores.»

Sobre unos veinte hombres entraron en aquel momento; la mayor parte de ellos habian sido soldados, otros aventureros, todos sin educacion, excepto uno que fué secretario del exarca Olimpio.

El Papa no pudo ménos de exclamar: «¿Estos son los testigos que me acusan? Seamos ingenuos. ¿Creéis digno este proceder?»

Y como el presidente mandara á los testigos que juraran decir la verdad: «No, no, dijo el Papa, no les hagáis jurar ni les pongáis en grave riesgo de añadir pecado á pecado; dejadles que digan lo que quieran como yo os dejo hacer lo que queráis?»

Nada más repugnante que la deposicion de aquellos testigos; drama previamente compuesto y ensayado que, pretendiendo aplastar la dignidad pontificia arrastrada en aquel corrompido pretorio, arrojó eterno lodo sobre el nombre y la memoria de aquella herética política, que para pisotear mejor el magisterio divino no vaciló en hollar proterva el derecho humano.

Aquel proceso escandaloso terminó, como estaba resuelto que terminara. La condena del Papa era un hecho precedente á todas aquellas extravagantes diligencias.

Cuando el Papa fué sacado en silla de manos, porque estaba imposibilitado de andar, de los estrados del tribunal, una muchedumbre soez prorumpió en dieterios é insultos. Avisado el Emperador del término del proceso, quiso cebarse contemplando de léjos á la augusta víctima. Á este fin fué elevado el reo en medio de un terrado del palacio en hombros de dos criados, y allí, en presencia del venal Senado, el gran tesorero le dijo: «Mira como Dios te ha librado en manos nuestras; abandonaste al Emperador, Dios te abandona á tí.»

Por órden del gran ministro un agente de policia rasgó el manto y la túnica del atropellado Pontífice, quien fué entregado al prefecto de Constantinopla con esta consigna: «Tomadle y despedazadle.»

Tanta brutalidad produjo en las masas siniestra impresion; de modo que cuando el mi-

nistro se dirigió á la muchedumbre exclamando: «Anatematizad al traidor,» sólo unas veinte personas entre los millares allí reunidas contestaron: «Anatema.»

Los verdugos lo tomaron; arrebatáronle el *pallium* sacerdotal, le despojaron de sus hábitos, no dejándole sino una túnica sin cinturón, y aún rasgaron la túnica de arriba abajo, de modo que al menor movimiento su cuerpo aparecía en toda su desnudez.

Echáronle sobre el cuello una argolla de hierro y le pasearon por la ciudad con el aparato de un reo condenado á muerte. La serenidad inalterable de su rostro impresionaba al pueblo favorablemente, como quiera que los ultrajes habían traspasado la línea de lo que permite la pasión ferviente, pero que no por lo ferviente deja de ser humana y empieza á ser bestial. El encono popular no llega sino raras veces á sancionar desafueros tan mayúsculos, y de ahí la repugnancia que sintió y expresó con sus lágrimas el pueblo de Constantinopla ante aquella bárbara escena.

No era en realidad el Papa, sino el monotelismo el ajusticiado y perdido por aquella venganza.

Llegado á la prisión fué cargado de cadenas y arrastrado á fuerza de brazos por la escalera que al calabozo de los grandes criminales conducía. Las carnes de la augusta víctima quedaron rasgadas y todo su cuerpo ensangrentado. Frío era el tiempo y se le abandonó encadenado, sin abrigo, en un banco de madera.

Aquella noche hubiera fallecido; pero los hombres de Estado de la corrompida Bizancio gozaban con la prolongación de un suplicio con que vengaban las heridas abiertas en su orgullo por la espada luminosa de la palabra evangélica, que estaba gloriosamente personificada en la lengua de Martín.

Dióse orden de conducirlo en cómodo lecho y de alimentarle de manera que pudiera recuperar sus fuerzas expirantes.

La noticia de la conducta observada con el Pontífice llenó de remordimiento al herético patriarca Pablo que, enfermo de gravedad, dijo al Emperador que le visitó: «Basta, señor, espanta considerar que es un obispo al que con tanto rigor se está tratando. Todo esto resultará en mayor gravámen de mi conciencia.»

Tres meses permaneció el Papa en aquella prisión, después de los cuales fué conducido á su destierro. El día 20 de marzo del 655, que era en aquel año jueves santo, fué embarcado para el Chersona, en lo que hoy llamamos Crimea.

En una carta que escribió á uno de sus amigos de Constantinopla le decía: «El hambre y la escasez es tal en este país, que se oye hablar de pan, pero nunca se le ve. Si no se nos envían socorros de Italia ó del Ponto, pereceremos de miseria.» Y otro día escribió: «No solamente estamos separados del resto del mundo, sino privados de todo elemento de vida. Todos los habitantes de este país son paganos; y los que vienen de otras partes toman en seguida las costumbres del paganismo. Aquí no se conoce la caridad divina ni la compasión natural que se encuentra hasta entre bárbaros.»

No tardó en extinguirse aquella trabajada existencia. Sin duda fué el papa más abandonado en los apurados lances de la muerte. Murió en las extremidades de la Siberia, víctima de dos fríos, del frío material y del frío social. La Iglesia católica concedióle la palma y la corona del martirio, gloriosos trofeos que nadie mejor y más penosamente que él conquistó en la defensa de la verdad.

Otro ilustre confesor descolló en aquellos días de cruel prueba para la Iglesia. Su conducta, modelo de integridad y de firmeza, debe ser recordada para perpetuo ejemplo.

De una de las más distinguidas casas de Constantinopla era hijo Máximo, en cuya juventud dió muestras de tan esclarecido talento, que el emperador Heraclio le juzgó digno de su corte. Su educación fina, su conocimiento del gran mundo, su arte en el manejo de los delicados negocios, el acierto y la atracción de su trato, en fin, el conjunto de cualidades personales que en el joven cortesano brillaban conquistáronle la íntima privanza del soberano,

que le eligió por su secretario de Estado. Su acierto en el desempeño de tan espinoso cargo le valió el acrecentamiento de su influencia, que con dificultad hubiera perdido si, atento á la voz de su conciencia, no hubiera preferido perder su brillante destino á dejar que se eclipsara en su alma el resplandor de la santa fe.

Advirtió Máximo el progreso de la atmósfera monotelita en la casa imperial y el creciente favor que en los altos consejos obtenían los sectarios de aquellos errores, y creyéndose impotente para luchar con el conjunto de cortesanos, se retiró á un monasterio de Chrysopolis. Allí encontró más tarde, huyendo también de palacio impulsado por diversas consideraciones, á Pirro, personaje que se había distinguido en la corte de Heraclio por el celo en la propaganda del monotelismo. Una conferencia entre Pirro y Máximo ante algunos prelados caracterizados dió á las ideas de éste el indisputable triunfo.

Cuando el papa Martin convocó en Letran el Concilio de que hemos hablado, Máximo era uno de los personajes civiles que servían á los padres conciliares con sólidos, notables y numerosos datos. Era considerado como un apoyo poderoso y firme de la causa católica; por esto á la muerte del papa Martin fué arrestado Máximo en Roma y conducido á Constantinopla con dos compañeros de su apostolado, Anastasio era el nombre de entrambos, el uno discípulo suyo, el otro exlegado del Papa. Á su llegada fueron ultrajados y conducidos á diversas cárceles; de las que, transeurridos algunos días, fueron trasladados ante el mismo Senado que condenó al papa Martin. No detallaremos lo acontecido en el interrogatorio que sufrieron, casi idéntico al que hubo de sufrir aquella ilustre víctima. Porque su discípulo Anastasio carecía de voz para hacerse oír fué bárbaramente abofeteado por un agente del tribunal.

Después de varias tentativas para obtener la sancion de Máximo y de su discípulo á las doctrinas monotelitas, decretóse el destierro de Máximo y de ambos Anastasio. Máximo fué desterrado á la fortaleza de Bizya, su discípulo á Selimbria y el exnuncio á Perbería.

Poco tiempo después, Máximo, por orden imperial, fué conducido al monasterio de San Teodoro de Regio, cerca de Constantinopla. Varios prelados cortesanos intentaron seducirle con especiosos argumentos que el ilustrado cautivo desvanecía con admirable criterio. La corte de Constancio tenía sumo empeño en obtener la adhesion de Máximo, cuyo acto hubiera sido sumamente trascendental en favor de la política del imperio. «Estamos ciertos, le decían, que el ejemplo de vuestra comunión con la Santa Sede de Constantinopla bastará para que vuelvan á ella los que la abandonaron.» Máximo no vaciló ni un instante.

Un día que el invencible adalid de la causa católica contestó con firmeza á las indignas sugerencias de sus adversarios congregados, en considerable número, los agentes imperiales se arrojaron furiosos sobre él, le abofetearon, le arrancaron la barba, le escupieron brutalmente y le dejaron casi expirante. Finalmente, conducido á su prision y otra vez llamado á Constantinopla, se le comunicó la sentencia pronunciada contra él y contra sus amigos concebida en los siguientes términos: «Habiendo sido canónicamente condenados, mereceríais sufrir todo el peso de la ley por vuestras impiedades. Mas como quiera que no hay castigo suficiente para vuestros crímenes, no queremos aplicaros todo el rigor de la ley; os concedemos la vida, dejándoos bajo la justicia del soberano juez. Ordenamos al prefecto aquí presente que os conduzca al pretorio, donde, después de haberos azotado, os arrancará la lengua que ha servido de instrumento á vuestras blasfemias y os cortará la mano derecha con la que las habéis escrito. Disponemos que se os pasee después por los doce distritos de la ciudad, y que seáis luego desterrados y encarcelados durante vuestra vida para expiar con lágrimas vuestros enormes pecados.»

Máximo y los dos compañeros sufrieron minuciosamente los tormentos á que se les condenó, y llevados á hediondas prisiones, murieron resignados, confesando con el corazón la fe que no podían ya expresar con la lengua.

El papa Martin, Máximo y los Anastasios fueron las víctimas más visibles de aquella terrible persecucion, en la que la barbarie desplegó un lujo de crueldad más propio del nero-

nismo pagano que de un imperio que, á pesar de todo, alardeaba cristianismo. Y decimos que fueron las víctimas más notables, pues fueron innumerables los católicos que hubieron de sufrir vejaciones sin cuento y humillaciones enormes á causa de su ortodoxia.

Dios se compadeció de la situación triste de la Iglesia, y llamando á su juicio al emperador Constancio, elevó al trono á Constantino el *Pagonato*, esto es, *barbudo*, quien manifestó con sinceridad hallarse poseído de sentimientos reparadores.

Convencido el nuevo soberano de la injusticia de la conducta observada por sus antecesores en el poder, escribió una sumisa carta al papa Agaton, proponiéndole la convocación de un Concilio general que pusiera fin á los disgustos de la Iglesia. El Papa secundó tan levantados propósitos. Envió al efecto sus legados á Constantinopla, en cuyo imperial palacio reuniéronse los padres. Fué el sexto Concilio general de la Iglesia. El monoteísmo fué de nuevo y definitivamente juzgado. Todos cuantos habían defendido aquellas heréticas doctrinas fueron anatematizados. Á los días de tristeza y tribulación sucedió un período de calma y regocijo.

XXXII.

Persecucion de los iconoclastas.

No podía faltar á la Iglesia de Dios ninguna faz de persecucion. Las doctrinas y los hombres habían sufrido hasta el siglo V, como se ha visto, toda clase de combates. Tocóles el turno á los símbolos é imágenes con que el arte y la piedad católicos reproducen á los ojos de los fieles los hechos característicos y las figuras edificantes de los héroes y de los santos por medio de la pintura y de la escultura. Desde la primitiva época cristiana los fieles venían solazándose místicamente alrededor de los lienzos y de las imágenes que les recordaban á Jesús y á María, á los apóstoles y á los mártires. El buen sentido, el recto criterio de los cristianos bastaba para persuadirlos que no eran aquellos bustos y aquellos cuadros el objeto de sus sinceros homenajes, sino que se proponían excitar con ellos la cordial devoción á las personas por las obras de arte representadas. Sabía la cristiandad que á los santos no les adoraba, sino que les invocaba como á influyentes y poderosos intercesores para con la divinidad.

En el siglo V se le figuró á un tal Xanaías ó Philoxeno que el culto de las imágenes era una idolatría. Burlábase de que los cristianos representaran al Espíritu Santo en figura de paloma, y sostenía que era rebajar la idea de JESUCRISTO el pintarle en figura humana. Valióse de la dignidad episcopal de que fué investido por sorpresa para empezar á realizar prácticamente sus teorías, mandando borrar algunas figuras de ángeles y retirando á lugares secretos la imagen de JESUCRISTO. No logró importancia alguna el error de Philoxeno en aquel siglo, pues apenas pudo reunir algunos pocos sectarios entre la gente ignorante y desacreditada.

Pero en el primer tercio del siglo VIII aquel error reapareció lozano y pavoroso, por las altas protecciones que le servían de égida. Una tempestad siniestra, como pocas hayan acaecido, revolucionó de tal manera el Mediterráneo, que las costas de la Europa y del Asia sufrieron modificaciones sorprendentes. Una nueva isla apareció cerca del archipiélago. Hubiéronse de lamentar muchas y sensibles desgracias personales y pérdidas materiales.

Regía el imperio el emperador Leon de Isaura, en cuya corte dominaban los consejos musulmanes. El Emperador se familiarizó con las ideas mahometanas, conforme en esto con las de los judíos, que reprueban absolutamente el uso de toda imagen por grande que sea su mérito artístico. Gracias á las preocupaciones que le dominaron, el emperador Leon atribuyó á la idolatría de sus súbditos aquellas tempestades, que consideró como verdaderos castigos del cielo.

Así lo manifestó á una grande asamblea de personas distinguidas convocadas al efecto. «La veneracion de las imágenes, dijo, es un acto de idolatría; conviene que se renuncie desde luego á esta práctica ofensiva á la dignidad de Dios y á la moral cristiana.»

Aquel discurso causó penosa impresion á cuantos lo oyeron. Por fortuna el patriarca de Constantinopla supo en aquella ocasion oponerse á las intrusiones del Emperador en el terreno doctrinal. No era el arzobispo German un prelado acomodaticio y ductil como lo fueron los patriarcas que en tiempo del monotelismo apoyaron y defendieron la herejía. German era íntegro católico, sólido teólogo, fiel á las doctrinas tradicionales. Apenas conoció la actitud del Emperador, cuando le manifestó German hallarse dispuesto hasta á sufrir el martirio ántes que hacerse cómplice con la palabra ó con el silencio de la oposicion al culto de las imágenes.

El inteligente Patriarca escribió desde su eminente silla cartas afectuosas y contundentes contra los obispos que se ladeaban hacia la novedad doctrinal de aquellos días.

Leon no retrocedió en el camino emprendido; por todos los medios que estaban á su mano procuraba la destruccion de las imágenes, que eran derribadas y profanadas, ya por los agentes imperiales, ya por los que necesitaban dar al Emperador alguna muestra de deferencia. Nada era tan eficaz para conseguir la benevolencia del poder como un certificado de haber destruído alguna imagen veneranda.

No vió el pueblo con agrado aquella política. Las imágenes, como signos exteriores de piedad católica, eran sumamente populares. No las adoraba la cristiandad como Roma gentil, y hasta el pagano Oriente había adorado las imágenes de Júpiter, Baco, Vénus... las veneraba como á recuerdos, á retratos de los que habían gloriosamente luchado en este campo de batalla que se llama la vida mortal, por la misma fe, por las mismas doctrinas, por la misma Iglesia que agradecida, les rendía, como hoy les rinde, un homenaje de cariño y de respeto.

Tanta fué la agitacion popular producida por aquellas medidas, que un partido existente entónces antipático al gobierno de Leon Isauriano, trató de explotar la situacion de los ánimos levantando bandera de rebeldía armada contra lo existente. Griegos y ciclades se levantaron al grito de «la Religion peligra,» dispuestos á efectuar el destronamiento del Emperador y á coronar en su puesto á un tal Cosme, que era uno de los jefes insurrectos. Una flota respetable mandada por Agaliano y Estéban acercóse á Constantinopla, librándose sangrienta batalla el día 18 de abril del 727, en la que los rebeldes fueron completamente destrozados y vencidos.

Aquella rebelion armada afectó profundamente al santo patriarca German, que reconoció desde los primeros momentos la ineficacia de aquellas medidas y los desastrosos resultados que iba á dar para la causa de la Iglesia la línea de conducta seguida por los guerreros que se levantaban para defenderla. Con la misma energía é integridad que venía defendiendo la causa de las santas imágenes reprobó German la intentona bélica de Cosme y Agaliano.

En el terreno doctrinal y moral, German siguió luchando con la desventaja de que la perspectiva de los favores imperiales engrosaba cada día el grupo de los adversarios de los santos. Y ya decimos de los santos, porque no sólo Leon aborrecía á las imágenes, sino que negaba la eficacia de la intercesion celestial de los mismos y miraba con horror las sacrosantas reliquias. La actitud del soberano de Oriente era una censura solemne de la conducta observada, así por sus antepasados emperadores, como por los papas y obispos de la cristiandad, pues sobre todos descargaba la nota de idolatría, formulada en los imperiales estrados.

German insistió un día y otro día en la corte para obtener que el Emperador se convenciera de la impiedad de sus proyectos. Todo en vano.

El día 7 de enero del 728 tuvo Leon un conciliábulo de obispos atraídos á la causa desoladora del culto cristiano. Formulóse en él sentencia reprobando la veneracion de las imágenes, como idolátrica. Pretendió el soberano que German firmase aquel documento que estaba en contradicción con su fe y con las tradiciones católicas: German rehusó.

El Emperador envió algunos agentes al palacio arzobispal, que apalearon cruelmente al

invencible campeón de la gloria de los santos. Nada obtuvieron, sino la retirada del venerable anciano á su casa paternal. Tenía German ochenta y cinco años cuando recibió el brusco ataque de los soldados; había gobernado casi catorce años y medio la Iglesia de Constantinopla. Su violenta ausencia llenó de consternacion aquella Iglesia que le amaba como hija cariñosa ama al padre que se desvela por su bien. No tardó á morir en el retiro de la Platania, habiendo merecido ocupar un lugar dignísimo entre los santos cuyo poder y cuya gloria heroicamente defendió.

Desembarazado Leon de la sombra de un prelado firme y enérgico en el cumplimiento del deber pastoral, elevó á la silla constantinopolitana á un sacerdote llamado Atanasio, identificado con la causa de los iconoclastas. Puede decirse que ya no hubo obispo en Constantinopla, pues la autoridad episcopal la ejerció en adelante en toda su extension el mismo Emperador.

Entónces empezó la verdadera persecucion.

En un espacioso vestíbulo del gran palacio de Constantinopla venerábase una imágen del Redentor crucificado, objeto de especial devocion del pueblo, á causa de creerse procedente de los tiempos de Constantino el Grande, y tambien de atribuirse á las oraciones hechas ante ella la consecucion de inmensos favores. El Emperador ordenó la destruccion de aquella imágen, encargándolo á su escudero llamado Jonino.

En vano las mujeres que ante ella estaban orando se opusieron con enérgicos ademanes y tiernas súplicas á aquel sacrilegio horrendo. El agente imperial empezó á desfigurar á martillazos la imágen del divino rostro. Las piadosas cristianas, santamente irritadas, derribaron á Jonino y le quitaron allí mismo la vida. Sin embargo, la imágen fué arrojada de allí y públicamente quemada. Las mujeres que habían sacrificado á Jonino, fuerónse en tumulto á la casa arzobispal, cuyas puertas apedrearón, llenando al patriarca de enérgicas invectivas y echándole en cara su traicion á la causa religiosa.

Anastasio voló al palacio imperial y obtuvo de Leon un decreto de muerte contra aquellas mujeres. Todas murieron llenas del valor cristiano. La Iglesia griega las honra como á mártires.

Dado el primer paso en la pendiente de la persecucion, el déspota rueda veloz hasta su fondo. El emperador Leon no se detuvo ante la crueldad de otro hecho que puso á su nombre un sello indeleble de infamia.

Existía en Constantinopla, cerca de palacio, una biblioteca fruto de los emperadores, que contenía unos treinta mil volúmenes, y al frente de ella estaba una celebridad de aquella época. Lecuménico se llamaba el jefe de aquel establecimiento en el que se daban gratuitamente lecciones y conferencias científicas y religiosas, por los más doctos griegos que entónces figuraban. Con la independenciam propia de los sabios continuaban éstos enseñando segun el criterio tradicionalista, contrario á las nuevas teorías imperiales. Leon procuró atraer á su opinion á Lecuménico y al cuerpo de sus profesores. Viendo que eran ineficaces sus poderosos esfuerzos, mandó hacinar faginas y leña seca alrededor de la biblioteca-escuela, é incendió el edificio. Las llamas sepultaron á la vez los libros más preciosos de la Grecia y los griegos más sabios de aquel tiempo.

Aprovechando la consternacion causada en el imperio por el espectáculo y la noticia de aquellas barbaridades, Leon publicó un decreto mandando que dentro de breve plazo desaparecieran de los edificios públicos y hasta de los domésticos hogares todos los bustos, imágenes y pinturas que representaran á JESUS ó á los santos. Muchos de los que se resistieron á dar aquel testimonio de impiedad fueron descuartizados, otros mutilados, sufriendo un gran número glorioso martirio. Así se multiplicaba el número de los mártires.

Gregorio protestó con la firmeza del pastorado supremo contra aquellos bárbaros atropellos, y el pueblo de Occidente, indignado contra la persecucion á las santas imágenes, derribó las del Emperador, erigidas en públicos lugares.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

LA VUELTA POR ESPAÑA

EL RENOVAMIENTO O LA FUERZA DE LA CONCIENCIA

ILUSTRACIONES HISTÓRICAS - EN SUJETOS CURIOSOS

ARMONIAS BAITES, GONOS Y PESARRES

O ESCENAS TIERNAS DE LA JUVA DE SAN JOSE
POR D. JOSE PALLÉS

LA PASION DEL REDENTOR

AÑO DE MARIA

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 102 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando ménos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.